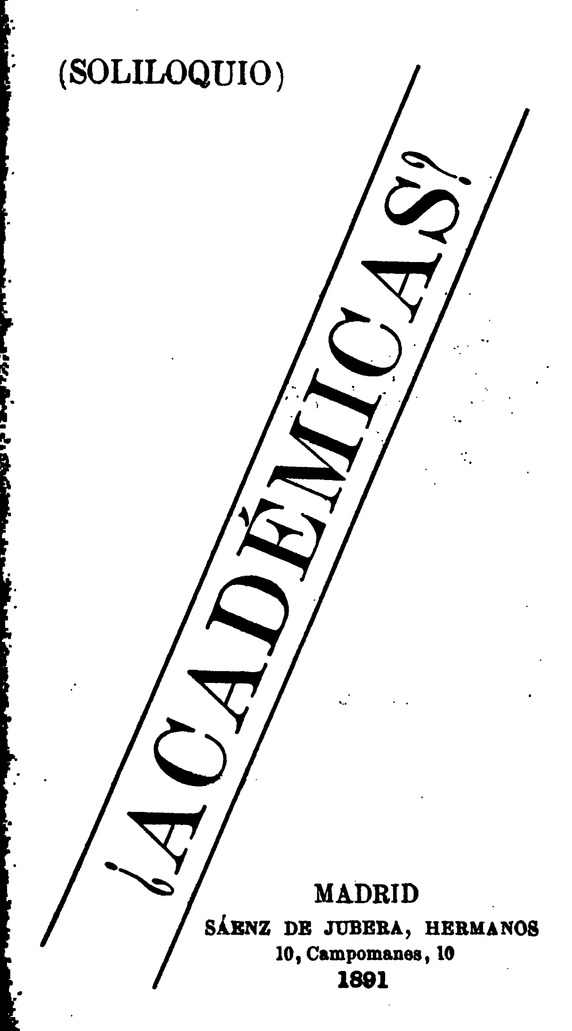


(SOLILOQUIO)

¿ACADÉMICAS?

MADRID
SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS
10, Campomanes, 10
1891

¿ACADÉMICAS?

¿ACADÉMICAS?

(SOLILOQUIO)

MADRID
COMPAÑÍA DE IMPRESORES Y LIBREROS
Á CARGO DE D. A. AVRIAL
San Bernardo, 92
1891

ADVERTENCIA

Si contra la voluntad y apesar del cuidado del autor de este opúsculo, apareciese en él alguna frase ó concepto mortificante para la ilustre personalidad de D. Juan Valera, considérese error de redacción y téngase por no escrito.

¿ACADÉMICAS?

SOLILOQUIO

(Gabinete de estudio de Eleuterio. Estantes con libros, unos encuadernados en pergamino, otros flamantes. Sobre la mesa, libros esparcidos en desorden. Muy á la vista, en primer término, la *Divina Comedia*, de Dante Alighieri, y un artículo de Luis Taboada, cuidadosamente recortado de *El Imparcial*. Va cayendo la tarde. Eleuterio se encuentra solo, y parece indeciso y mohino. De vez en cuando se rasca con suavidad las sienes, y chupa el cabo de la pluma, como para sacarle jugo.)

ELEUTERIO.—Sin duda que estoy de malas. No se me diga que no lo estoy. Las cuestiones que se me vienen á las manos ha de convenirse en que son rematadamente deslucidas y antipáticas, y se requiere mucho jugar de ...ocín para no estrellarse en la ridiculez ó ...ncurrir en desafinaciones que me pongan

á mal con la mitad del género humano.—Ayer se trataba de defender á capa y espada á Currita Albornoz; de hacer la apología de una señora que, acá para *inter nos*, no tenía en la vergüenza más que un solo descosido; los demás eran rotos. Me dirán ustedes que en eso consistía el toque de la habilidad: en sacar airosa á una grandísima tunanta. Convenido; pero reconozcan el mérito de la empresa. Gracias á mi destreza, á mi dulce malignidad, á mi pericia en el arte de Gorgias, la condesa de Albornoz, con todas sus... picardigüelas... quedó puede decirse que en disposición de entrar en el cielo vestida y calzada.

Lo de ahora no sé si diga que es peor, más desairado. Me veo en el compromiso, no de vindicar á una *hetaira*, mejor dicho, á una *pallaka* (en griego nada es malsonante), sino de combatir á otras damas menos divertidas y graciosas que Currita, y que en vez de intrigar á favor de la Restauración, se han dedicado á escribir de Letras, de Economía política, de Derecho, de Historia; y si á esto no nos oponemos abiertamente, porque ya está arraigada la mala costumbre, tenemos que poner orden en las pretensiones de los que aspiran á sentar á esas damas en las respectivas Academias quieren que yo sea aquí el *abogado del dia*

el que aduce toda clase de argumentos contra la canonización: en una palabra, yo he de ser quien me coloque atravesado en el umbral para decir: «Señora, no se pasa.» Desairadito, desairadito... Sin embargo, ya iremos saliendo del aprieto. Yo sé dorar la píldora... me pinto solo para azucarar y revestir de caramelo... Lo peor es que ya no se trata sólo de descabezar con delicado capirotazo las pretensiones de esas buenas señoras, sino que en conciencia debería tratarse de contestar á los argumentos de hombres realmente versados en Ciencia social y en Derecho, encanecidos en el Profesorado, como Lastres, Montero Ríos, Romero Girón, Figuerola, Labra, Pérez de Guzmán, los cuales han sostenido en letras de molde que si hay Academias debe haber académicas... Y á esos, moral mente, no se les puede contestar con lugares comunes deteriorados por el abuso, ni con divagaciones festivas, por muy finas y sazonadas que sean; pues como dijo el padre Voltaire,

> Au sel attique, au riant badinage,
> Il faut mêler la force et le courage.

Lo malo es que yo, viendo patente que esta *fuerza* y este *valor* son muy buenas cos[illegible] y algo como alma ó sostén de las dem[illegible]ualidades literarias puramente forma-

les, no puedo echar fuerzas ni valentías, porque las tales valentías y fuerzas proceden de las convicciones, y me es dificilísimo, ó imposible, convencerme... así... á puño cerrado, de cosa ninguna... ni aun de la existencia real de la Academia, cuya puerta se me ha encomendado defender contra las Talestris, Vlastas y Pentesileas literarias. Si no fuera porque el vulgo dócto entiende poco de estas filigranas y el filosofar es ocasionado á cobrar fama de distraído ó mala nota de escéptico, yo contestaría que aquel griego Zenón no va tan fuera de camino cuando dice que no es posible admitir la realidad externa sin admitir á la vez, en las cosas reales, cualidades que se excluyen... Me cuesta muchísimo trabajo persuadirme de que yo soy yo y no soy otra cosa. Me veo á la vez como tesis y como antítesis, y á la par como hipótesis. Y si hablo de todo esto, me pongo pesado, aburro á las gentes, y mi compañero Fabié, que posee la certidumbre, es capaz de refutarme. Silencio, pues; y cuando en el curso de mi trabajo sobre *Las mujeres y las Academias* vea juntos, enlazados é inseparables el pro y el contra, tomaré lo que más haga al caso... Lo otro no es para profanos, sino para mí solo, para mis creos lejos del público.

(Eleuterio dispone cuartillas, moja la pluma, hojea la *Divina Comedia*, relee el artículo de Taboada, vuelve á rascarse las sienes, sonríe y principia):

Pondremos de subtítulo «Cuestión social inocente.» Aquí en llamando «inocentes» á las cosas ó á las personas, es como decir *perro judío*. Nadie quiere ser inocente, ni en broma. A mí la cuestión no me parece inocente, y á *ellos*, mucho menos. ¡Como que están persuadidos de que el empeño de crear académicas *es el más taimado y malicioso de los planes para atribular á los pobres académicos y para ver si las Academias se hunden!* Y claro que si lo tengo por plan taimado y malicioso, no lo tengo por inocente. Conservo, sin embargo, el subtítulo, porque es hábil y de buen efecto.

Habilísimo va á ser también esto de añadir á mi nombre el adjetivo griego de *Filogyno*. Para negar un derecho á señoras, mi educación, mis hábitos de escogida sociedad y mis costumbres literarias me impiden emplear formas que no sean atildadas y pulcras. Por algo se me ha fiado á mí y no á otro esta delicada comisión. No todos *ellos*, puestos en compromiso, son dueños de la pluma... Alguno [illegible] ancamente) se iría del seguro á las prime[illegible] de cambio... Yo, para escribir de tal

asunto, desearía echar en ese tintero dos adarmes de miel hiblea; de néctar, un escrúpulo; de natillas, tres onzas; de sal menuda, diez gramos... A ver si así... Bien: el título ya está... Empecemos.

Para insistir en lo de la inocencia de la cuestión académico-femenil, diré que no es como otras cuestiones sociales, que pueden traer al mundo graves trastornos. Esto lo juzgo palmario. Como que las Academias mismas no los traen. ¿Qué conflictos ni qué huelgas va á causar una Asociación de treinta y seis individuos? Si mañana nos suprimen ó nos transforman, verosímilmente los trastornados seremos nosotros, y no la sociedad. Ni aunque se haga extensiva á todos los derechos que correspondan á las aptitudes de la mujer, dejará de ser ésta cuestión social esencialmente pacífica. Ningún trastorno causó el que á la muerte de Alfonso XII entrase á gobernar la nación su viuda. Así es que, sin faltar á la verdad, bien puedo decir que no produciría trastornos esta cuestión, ni había de resolverse por la vía belicosa.

Más escrúpulos siento en utilizar una mala razón que se me ocurre, sin poder añadirle «vistas á la contraria», como dice el socarrón de Campoamor... Porque tal cual yo necesito

presentarla, es un poquitillo humillante para nuestra patria, y entre el *chauvinisme* exagerado y declamatorio y la inhabilitación legal de España, cabe un término medio... Pero si me pongo en ese término medio, pierdo la razón, que mala y todo hace bulto á falta de otras mejores... Voy, pues, á decir que como España ocupa, entre las naciones, el lugar de *una tertulia pobre y de tercer orden*, no le está permitido iniciar nada que huela á innovación ó renovación, porque *la silbarán los chicos.* La verdad, lo estaré escribiendo y á blasfemia me estará sonando: porque si una nación, por su decadencia política ó el mal estado de su hacienda no puede iniciar grandes reformas, de las que exigen mucho poder y mucho dinero, no se sigue de ahí que deba condenarse á no iniciar tampoco las que sólo requieren buen sentido y espíritu de equidad, y á ir siempre á la cola de los demás países en todos los terrenos, subsistiendo del pensamiento traducido. Que esta servidumbre intelectual es el verdadero motivo de befa que puede dar una nación á las restantes, lo sé también, yo que he compartido muchas veces las patrióticas alegrías de mi docto Marcelino al descubrir, v[illegible]i gracia, cómo Vives, Gómez Pereira y H[illegible]te se adelantaron en la emancipación filo-

sófica á Kant y á su escuela, y Arteaga formuló antes que Zola la estética realista, y hasta el Padre Fuentelapeña, en su *Ente dilucidado*, predijo exactamente muchas de las teorías darvinianas. Si el adelantarse en pensar y establecer sabias reformas fuese mengua de las naciones, habría que encubrir como delito la obra de esos gloriosos españoles, de quienes puede decirse que

quasi cursores, vitai lampada tradunt!

Hasta doy en creer que si dentro de cien años surge otro M. Masson, preguntando: «¿Qué se debe á la España del siglo XIX?» sería respuesta brillante á tan ofensiva pregunta: «Se le debe la reforma de la condición de la mujer, como á Italia, que también era nación de segundo orden y decaída, se debió en la misma época la reforma del derecho penal.» Sólo que si digo esto, ¡adiós mi razoncilla! Chito. Acallemos escrúpulos...

(Plumea precipitadamente.)

Ahora convendría echar unas cuantas flores á doña Concepción, á doña Emilia y á la duquesa de Alba... porque en ataques personales no enlodo yo mi pluma... ¡puah! y menos tratándose de señoras. (Escribiendo.) «Insisto en

afirmar que nadie, á no ser por ignorancia ó por envidia, niega que las damas aludidas valen tanto por su saber, su ingenio, su actividad literaria y su talento de escritoras, como cualquiera de los más dignos entre los *inmortales*.» ¡Ay! Queda muy bien, muy atento... pero el enemigo va á decir: *pro me laboras*... Enmendémosle á escape. Saquemos del carcaj la flecha más enherbolada y más aguda. Digamos que hay muchísima gente que se ríe sólo de pensar en una académica de número... porque esto de la risa es lo verdaderamente maquiavélico: en saliendo con que la gente se ríe, ya se encoje el ánimo más fuerte: nadie quiere ser risible; considero excelente táctica esta de *mettre les rieurs de son côté*...

(Eleuterio se da una palmada en la frente.)

¡Diantre!... ¿Pues no se me ocurre ahora, después de torneado el párrafo, que en la sentencia que traigo entre manos, el peor considerando es este de la risa? Porque cabalmente el arma tradicional para debelar el edificio académico, es la broma, la guasa, la chanzoneta, la pulla. Los ignorantes en historia creen que los primeros antiacadémicos b ones fueron Sbarbi, Valbuena y Cavia. E -ados están los que así piensan. Si la Aca-

demia española es hija de la francesa, Sbarbi, Escalada y demás satíricos de por acá no son sino descendientes de los Voltaire y los Guizot. Voltaire se reía á mandíbula batiente de la Academia francesa, que definía así: «Una sociedad donde entran títulos, hombres influyentes, prelados... y hasta literatos, si á mano viene.» Si mal no recuerdo, Guizot, como se discutiesen en su presencia los méritos de un candidato al sillón, se dejó decir: «Por mí, que cuente con el voto. Reune todas las condiciones de un buen académico: se presenta bien, es fino, ha sido condecorado, carece de opinión; ya sé que ha escrito algún libro, pero.... ¿qué quieren ustedes? perfecto, nadie.» Aún se me vienen á la memoria otras anecdotillas, persuasivas de que las Academias están destinadas á ser puestas en solfa.

Es su sino. Los mismos académicos se ríen de sí mismos en cuanto inmortales... y sin embargo, lo cierto es que las Academias duran y perduran. Si por risa fuese, ya no habría en el mundo una Academia para contarlo. Por mucho que se rían de las académicas y de sus defensores, el mundo literario ha de reirse dos ó tres siglos para llegar á juntar la suma de risa que ha dedicado á la institución... Nada, que este argumento...

Tratemos de encontrar otro. Citemos la opinión de Schopenhauer y de Leopardi sobre la inferioridad intelectual de la mujer. A bien que nadie ha de proponerme aquí el juicio contradictorio en la forma que lo entablaron el castellano y el portugués, quienes discutiendo acerca de cuál de las dos naciones tenía más santos, propusieron, á cada santo que nombrasen, arrancarse mutuamente un pelo de la barba. «Santo Domingo» dijo el español, y arrancó un pelo al portugués. «San Antonio de Padua, ó sea Fernando de Bulhoes» replicó el lusitano, y arrancó otro pelo al español. Como éste no era lerdo, y encontró la chanza algo molesta, cortó por lo sano asiendo toda la barba del portugués y tirando con furia, al par que decía «Los innumerables Mártires de Zaragoza.» Si alguien me propone la prueba, digo *Schopenhauer;* mi adversario contesta *Stendhal;* replico *Leopardi;* replícanme *Feijóo...* y entonces yo, de un tirón, exclamo «Todo el vulgo» y dejo desbarbado á mi contrincante.

No me gustaría, sin embargo, andar á repelones por este asunto. No quisiera parecerme al epiléptico de Schopenhauer, ni menos á Leopardi, que hablaba de muchas cosas como el [illegible]go de los colores. Me parece más diestro y [illegible] todo más en armonía con mi persona-

lidad literaria el decir lo mismo que ellos... pero en figura de ramillete. Y para darle el carácter de erudición humorística que yo acostumbro, citaré un libraco del cual nadie más que yo se acuerda, y le *tomaré el pelo*, como dicen los que hablan mal, al autor del admirable diálogo *Ginaecepaenos*, publicado en Milán en 1580, y escrito por el gentilhombre Juan de Espinosa. Esto me dará ocasión para *scherzar* agradablemente sobre Adán, Eva, la manzana, el Arcángel que anunció á María, y la creación del Universo Mundo. No dirán que no tomo la *cuestión académica* desde lejos y desde alto.

Luego me parece que convendrá echarles todavía más flores á las señoras. Siempre que no se me obligue á darles lo que es suyo por justicia, dispuesto estoy á deshojarles todas las rosas poéticas que gusten. Así me encamino á la afirmación escabrosa de que tienen sexo los espíritus, porque sería muy horrible y espantoso el que por allá, en otros planetas ó mundos, Eloisa gastase barbas y Abelardo peinase moño... Esto tiene un saborcillo herético que compagina mal con lo de la manzana y del Arcángel, pero siempre que no se asuste algún teólogo reparón, lo que es por mí.

Creo que también sería conveniente in tir

mucho en esto del sexo de los espíritus, pues de ahí ha de deducirse que la mayor ofensa para una mujer sabia sería el que la hiciesen académica. A la verdad, podrán objetarme que aún siendo distinta la mujer del hombre en espíritu como en cuerpo, la nota común de humanidad impone á los dos sexos la asociación para infinitos actos y tareas, además de las que concurren á la propagación de la especie, y que si hay comunidad *natural* de tareas intelectuales, no se vé reparo en que se incluya en el número de estas tareas la *academicidad*, como Galiani la llamó. En fin, si esto no se les ocurre, siempre queda en pie mi argumento, y no estamos para mucho escojer y muchos remilgos, sino para tomar lo que venga.

¡Ah! ¡Idea maquiavélica... aunque no estoy cierto de que sea original!... Muy buena, sí, excelente, y que trae de la mano otro maquiavelismo más sutil. Voy á indicar que lo mejor es crear una Academia femenina, de treinta y seis butacas ó *chaises longues*, en correspondencia con nuestros treinta y seis sillonazos rojos. A esto de sugerir un disparate muy impracticable y gordo para evitar una cosa hacedera y sencilla, llamó Balzac, en dis- [illegible] terreno, un *moxa*. Pues este *moxa* me [illegible] servir á mí, entre otras cosas, para afir-

mar resueltamente que los treinta y seis sillones de la Academia son *para caballeros*... cuando el Reglamento no dice tal cosa, ni por asomos.

Ahora... aquí viene el párrafo bonito, picaresco, lisongero, así para la vanidad femenil como para la viril. Les va á gustar á todos esta idea de que puede ser muy peligroso colocar, verbi gracia, el fuego de la señora Arenal junto á la estopa del marqués de Barzanallana, y que esta aproximación, inofensiva en misa ó en una tertulia, llegará á su máximum de riesgo entre las académicas paredes.

(Eleuterio escribe y ríe á la vez; relee lo escrito y aún se ríe más, no á carcajadas, sino silenciosamente.)

A mi se me figura que en este párrafo también se va á reir doña Emilia... Nó, y cuando hablemos de estó doña Emilia y yo, nos reiremos de seguro... Sin embargo, no me parece discreto reirse del peligro que señalo al comparar á la Academia con Sansueña. Porque si bien no creo que pudiese salir de allí muy comprometido el honor de don Gaiferos, hay, á falta de un riesgo imaginario, una molestia positiva para nosotros, si se nos impone la p

sencia de una señora: y es que estaremos tan sujetos como en un salón de *bonne compagnie*, y ¡adiós los chascarrillos más graciosos entre los que yo solía contar! ¡Adiós la libertad de nuestro *bavardage!* Tendríamos por fuerza que dedicarnos al estudio y esclarecimiento, resolución ó demostración, de los problemas y de los teoremas científicos y literarios; tendríamos que atender á las reglas de la prosodia y de la sintaxis: en fin, tendríamos que ser académicos de pies á cabeza, en lugar de amigos discretos, donairosos y bien humorados, que sin pelos en la lengua departen de asuntos muy entretenidos y aguzan por contacto el ingenio... en fin, concurrentes á un saragüete ó tertulia sólo para hombres. ¿Quién les dice esto á las señoras? En cambio (consulta la *Divina Comedia)* las compararé á Beatrices, que nos embelesarían haciéndonos olvidar nuestros deberes académicos. La verdad es que tendríamos que estar, sino tan molestados como los *inmortales* franceses cuando recibieron á Cristina de Suecia, por lo menos algo atados.

Con el debido respeto y sin faltar á ningún ...ion de la galantería, yo ruego á esas señoras ... nos dejen en paz y se vayan con la músi... otra parte. Y á donde se han de ir con la

música, voy á decírselo, exponiendo una vez más mi teoría favorita del *cadiyeho*, que en castellano mondo y lirondo se llamaría de la *intriga*. Sostendré otra vez que las señoras están muy bien intrigando: como la langosta en el vivero. La vida literaria tiene que pasar, lo mismo que pasó la Restauración, por las horcas caudinas de los biombos y de los abanicos de oro y nacar. Cuchicheos, sonrisas, comidas, café servido por lindas manos en tazas de plata, olores de gardenia, apartes en el *vis a vis* de raso, he ahí el camino que ha de seguir el candidato á la Academia. Las reputaciones literarias se formarán, no en el libre ambiente de la publicidad, sino en la atmósfera artificial del salón.

La capacidad de nuestras damas ha de ser capacidad puramente reflectora: que imiten al monje del romance:

> Home soy (dijo Bermudo)
> Que antes de entrar en la regla,
> Si non vencí reyes moros,
> Enjendré quien los venciera.

Esto es una renovación de los antiguos salones literarios de Francia, que tienen por tipo clásico el famoso palacio de Ramboui[llet]. También los había políticos; *camarillas* [...]

yo aplaudiré oficialmente, y que en realidad (bien lo comprendo) son cada vez más incompatibles con el estado actual de nuestras costumbres, en que domina la pública y libre discusión. Me parece que con esto de los salones tengo ocasión de lamentar el divorcio entre la literatura nacional y las señoras que, por lo común, leen libros franceses ó no leen nada. Aquí si que no necesito contrahacer mi pensamiento: me sostiene la fuerza de la razón, y conozco que deploro un verdadero mal... De lo que no estoy tan seguro es de que, para infundir á las señoras aficiones literarias y científicas, sea medio probado el excluirlas eternamente de una de las pocas manifestaciones de vida literaria y científica que aquí existen. Claro está que no por excluir á las mujeres de las Academias cortaremos las verdaderas vocaciones literarias y científicas, pues como decía con razón la señora de Guizot, hay disposiciones contra las cuales la educación no puede nada, y no habría cosa en el mundo que pudiera impedir á Safo hacer hermosos versos y bella prosa á la Staël; porque las facultades de grado excepcional trazan el destino de quien las posee, y este destino nadie es dueño de modificarlo. Sin embargo, y prescindiendo de los [illegible]tos superiores, yo estoy seguro de que,

mientras haya Academias, la admisión de las mujeres en ellas serviría de estímulo y aliciente á todo su sexo; que algo influiría en curarles ese desvío hacia las letras, funesto para la educación y desarrollo de la inteligencia femenina; y que dentro de las asambleas de carácter intelectual hoy reservadas á los varones, el elemento femenino introduciría *el perfume de la distinción aristocrática*, *la urbanidad y la limpieza del chiste*, *el decoro y la mesura del estilo*, *y la noble delicadeza de los sentimientos y de las ideas.*

Todo esto me hace fuerza, pero son ideas... *esotéricas*... que no puedo sacar á plaza. Al contrario; ahora voy á verme obligado, no pudiendo alegar nada que tenga novedad, lógica ni elevación, á recoger el más lacio y sobado de los lugares comunes que acerca de la mujer vienen repitiéndose...

(Las cejas de Eleuterio se contraen, y hace con los labios un mohín de disgusto, interrumpiendo por algunos instantes su tarea, con visible mal humor.)

Ocasiones hay en que echaría uno á rodar todas las conveniencias y todo el espíritu de corporación y todos los compromisos amisto por no tener que mirar siquiera al ajado y

macrado rostro de una de esas trivialidades que vienen del arroyo intelectual, profanadas por el íntimo contacto del vil populacho, vestidas de ridículas galas por los pedantes y los fariseos... ¿No es mal rato para una persona como yo... ¡como yo! tener que dar el brazo á esas infelices? ¿Tener que admitirlas en casa, sentarlas á la mesa, peinarles los ralos pelillos, lavarles la cara y presentarlas como presentaría á gentes de mi amistad y verdadero trato? Vamos... que me chafa, que me está chafando... muy de veras! el tener ahora que salir con *la poesía y la noble elevación del papel de la mujer en el hogar doméstico, donde la toca descollar cual reina y señora, establecer el orden y la economía, ser buena madre de familia, venerada y bendecida de los criados, despuntar por hacendosa y casera...* y lo demás del tan acreditado programa. ¿Qué esto tenga que estampar el defensor y abogado de *Currita Albornoz?* ¿Qué tenga que estamparlo, y no para alejar á las señoras de ser *Curritas*... sino de ser académicas? ¿Qué haya yo de ponerme serio para escribir que las mujeres tienen otros destinos más importantes y grandes que cumplir sobre la tierra que ser académicas... lo mismo que si los hombres, verbi gracia, no tuviemos destino más grande é importante que

el de llegar al sillón?—Lo mismo que cuando digo que los españoles son finísimos con las mujeres... ¡Finísimos unos hombres que no pueden ver á una mujer sola sin inferirle al momento la mayor injuria, y sin expresar ese concepto injurioso en forma de seguimiento!—Eleuterio, Eleuterio... Momentos hay en la existencia del hombre... en que escribiría uno folletos contra sí mismo.

(Levántase muy agitado y recorre el estudio de arriba abajo, mostrando desasosiego. Al cabo de diez minutos vuelve á sentarse.)

Cuando digo que la comisión es ingrata de verdad... Ya no sé qué poner ahí en esas cuartillas, como no sea repetir hasta la saciedad esas que llaman los franceses *verités de la Palisse*...

¡Hélas! La Palisse est mort,
Mort devant Pavie...
¡Hélas! S'il n'etait pas mort
Il serait encor en vie.

Pondré... que vale más ser Santa Mónica que ser académica de número. Y casi sospecho que valdría más ser San Agustín que presidir todas las Academias, y aun que el Congreso, Junta del Centenario de Colón. Yo bien sé

hay una escuela pedagógica que afirma la necesidad de la educación intelectual más vigorosa y completa en la mujer, no ya sólo por el derecho intrínseco que tiene el sér racional al pleno desarrollo y ejercicio de sus facultades, sino por la parte que después le toca en la transmisión de esas facultades al otro sér racional que ha de formarse en su seno y nutrirse de su substancia. Que es lo que dijo Horacio: *Fortes creantur fortibus et bonis:* dicho en el cual se encierra toda la clave del *monicismo*, en su sentido profano, y algo también en el místico. Y el caso es que la ilustre africana, según nos refiere su hijo, era muy aficionada á alternar con éste y los amigos de éste en discutir importantes cuestiones de filosofía y religión, mostrando sed insaciable de saber. Es decir, que Santa Mónica se rodeaba de una especie de Academia, tal cual podían ser las Academias en semejante época y estado social. Si yo defendiese *la contraria* de lo que me he propuesto, sacaría muy lucidos argumentos y tiquis miquis de este episodio de la vida de Santa Mónica, probando que el instinto de *academicidad femenil* es tan histór[illegible] y viejo como el que más.

[illegible]ro vengamos al asunto: yo me he propues[illegible] [illegible]scabezar el susodicho instinto de *acade-*

micidad, y á trueque de que las señoras no me pisen aquella casa, voy á ofrecerles los dones más sobrenaturales y maravillosos. ¿Qué les prometeré? Si pudiese conformarlas con anises, como á los chicos... No: hay que buscar algo muy extraordinario y fascinador. Para lo que me cuesta, bien puedo darme el lujo de decirles que «como obra última de Dios, remate y corona de la creación, y hechas además de más alambicada sustancia, la mujer está en más inmediato contacto que el hombre con las cosas divinas.» Por eso, por no *divinizarnos*, no las queremos allá... Concedámosles también, cosa altamente honorífica para el sexo, que la Sibila de Cumas vivió muchos siglos: cuatro mil años... No neguemos tampoco las brujerías de Medea. Citemos á Semíramis, que fué aún *más que académica*. Concedamos que las reinas no lo hacen mal. Y salga el dominio irresistible de la mujer, con lo de Hércules hilando en la rueca de Onfale. ¡Tanta mitología y tanta historiografía me hacen falta... sólo para evitar que haya académicas de número!

(Vuelve á releer la *Divina Comedia*, y releyéndola se queda dulcemente amodorrado, con la cabeza reclinada en el respaldo del ·-llón. Poco á poco va formándose en la atm· fera una columna de vapor luminoso, qu· l

condensarse dibuja los contornos gentiles de una mujer. El vapor se disipa, y puede verse que la mujer tiene la silueta de la Beatriz que aparece en los grabados de las ilustraciones de Doré á la *Divina Comedia*. Sus líneas son las mismas, y análogo el plegado de los paños; sin embargo, al aclararse enteramente el vapor que la envolvía, se nota que está vestida de otro modo, como á la moderna. Eleuterio murmura entre sueños):

> «Sovra candido vel cinta d'oliva
> Donna m'apparve, sotto verde manto...»

BEATRIZ (interrumpiéndole).—No cites más ¡oh Eleuterio caro á las Musas! Porque todo lo que estás citando ya no sirve. He cesado de vestir los colores de la sagrada teología, blanco, verde y rojo. Ya no le explico á nadie filosofía escolástica. Observa que mi vestidura no se diferencia gran cosa de las que lucen las damas contemporáneas tuyas en saraos y banquetes. No inspiro ya epopeyas. Mas no creas por eso que he renunciado á inspirar. Inspirar es mi oficio; inspirando vivo y viviré, pues aunque mi apariencia se transforme, mi esencia es inmortal. Todavía mis ojos llueven esas *fiammelle di fuoco*, esas lucecillas y esas cl pas que engendran todo buen pensamiento 'ólo que ¡naturalmente! no inspiro hoy los

mismos pensamientos que en el siglo XIII... porque el mundo cuenta seiscientos años más, y si á él le es lícito envejecer... á mí no. Beatriz, vieja, no sería Beatriz.

No me contento con ser joven. Comunico juventud á los que me siguen y se dejan inspirar por mí. Nadie que pisa las huellas de Beatriz es viejo. Fuente inexhausta de vida fluye de mis ojos. Míralos bien, Eleuterio. ¿Qué lees en ellos? ¿No distingues escrita con luminosas letras una palabra? ¿Qué, necesitas que yo te la deletree? ¿No ves bien claro «*Adelante*»?

¡Qué trabajo te cuesta leerla! Sobre todo te veo reacio en pronunciarla, después de haberla leído. Y leída y pronunciada, mucho temo que no te has de resolver á escribirla nunca. ¡Qué lástima, Eleuterio! Es lo único que te falta... Los enemigos contemporáneos preparan los admiradores venideros...

Mira, Eleuterio, que estoy leyendo en tu pensar. No sería yo Beatriz si no leyese. ¿Imaginas que mis palabras altisonantes versan sobre esa cuestión baladí á que estás consagrando tantas laboriosas páginas? Vuelve en tí, acuerda, reflexiona. Al bajar yo del Paraíso, al resolverme á habitar entre los mortal ... porque lo que es entre los *inmortales* me t io

que no voy á poder vivir... he aceptado una existencia de agitación y de lucha. Tan pronto aquí como acullá; tan pronto penetro en el gabinete de estudio del legislador, como me poso en las molduras del sillón del académico ó en el respaldo de los bancos de un instituto ó de un aula universitaria... Necesito inspirar mucho, á diestro y siniestro, hasta que encuentre un Dante, un hombre capaz de dar forma á la aspiración latente que mis inspiraciones van despertando en la multitud... ¡Hola! Parece que ahora vas entendiendo... ¡Dios me dé gente que entienda á media palabra, oh Eleuterio Pseudofilogyno!

Es un gusto habérselas contigo... por eso, porque entiendes, aunque el acto intelectivo ni florezca en flores de entusiasmo ni fructifique en obras de propaganda... Pero siquiera entiendes... Verás cómo sigues entendiendo... Son tantos ¡ay! los que ni entienden ni se inspiran... que al menos, cuando soy entendida, paréceme estar á medio camino de la inspiración... ¡Y poco que me gustaría á mí inspirarte!

Hay quien muestra horror á la inspiración; hay quien tiembla ante el porvenir. ¿Ves qué [illegible]iera? Por eso yo, que hace tantos siglos mi[illegible] nave fluctuar sin sumergirse, me sonrío

y paso. Ya que no pueda inspirarte, ¡oh Eleuterio! quisiera al menos evitar que te confundieses con esa grey de escandalizados pusilánimes; quisiera infundirte esa olímpica fe en que flota el alma como en una vía láctea de serenidad y valor. Armate, ¡oh Eleuterio! de tu sonrisa más ática y aguda cuando algún temblador te diga que merced á mis inspiraciones, en el siglo XXI no habrá familia, ni esposas, ni madres. Es como si te dijesen que yo inspiraré á la humanidad no respirar ni comer. Mis inspiraciones harán polvo lo artificial, lo convencional, lo injusto, lo ilógico; pero contra la naturaleza, expresión de la voluntad providencial, ni yo quiero poder, ni nadie podrá nunca. El instinto dicta la función, y la función, ennoblecida por su misma necesidad, sirve de base á la sagrada ley del sentimiento humano y de norte á los afectos. Porque venga para la mujer la plenitud del derecho, no se arruinarán los establecimientos donde se venden camas de matrimonio y cunas con pabelloncito. Si hay en los periodos de lucha alguna protesta ruidosa, como el final de la *Casa de Muñecas* del inspirado Ibsen, se deberá á que la injusticia secular exalta el ánimo, y éste, al exaltarse, se lanza al extremo opu to. ¿Qué te estoy diciendo? ¿Acaso lo igno

tú? Agítase el hondo lago, y salta el espumarajo como desafiando al cielo; mas pronto recobran su nivel las aguas, tan apacibles como antes... y más puras.

Y adiós, Eleuterio... Tú no eres ambicioso, ni quieres ser contado entre los precursores... Tú no quieres ser elemento dinámico, sino estático... Por eso te digo *¡adiós!* y no *hasta la vista*... No es que te guarde rencor; es que no puedo perder mucho tiempo... Mis horas son preciosas. Cada día visito á mayor número de naciones y de gentes. Pregúntale á Labra, y sabrás que me esperan en Francia, Inglaterra, Italia, Suecia, Holanda, Suiza y especialmente en los Estados Unidos. No es favorable hoy la atmósfera á la aparición de un nuevo Alighieri... La *Divina Comedia* de hoy se escribirá entre muchos rapsodas, como la *Iliada*... ¡Qué canto te pierdes!... Adiós...

(Ha anochecido completamente. El gabinete está sepultado en profundas tinieblas. Eleuterio recorre los limbos del sueño, y murmura cláusulas incoherentes.)

—«Columbro para la mujer triunfos más señalados... La ciencia, por su objeto externo [illegible] material, es la misma para la mujer y par[illegible] hombre... Una ontología y una lógi-

ca y una teodicea femeninas... Ciencia una y toda...»

(Entra un criado y coloca sobre la mesa un velón alemán de aceite de olivas, subiéndole la mecha con sumo cuidado. La luz despierta á Eleuterio, que se incorpora lleno de sobresalto en el sillón.)

—¡Calle! Pues si creo qué he descabezado un sueñecillo .. y que he soñado mil y un dislates... Ya sé... es que me aburría de tanto ensartar sinrazones pulidas y aliñadas para que pareciesen argumentos, y claro, me habré traspuesto así... Creo que soñé con la Beatriz del poema... ¡Buena Beatriz te dé Dios! Mi Beatriz, en este caso, es la Academia... ¡Anda, que todavía falta muchísimo para terminar el folleto! ¡Cristo me valga! ¿Y qué digo yo ahora?

Parece que el sueño me ha despejado las potencias, y veo más clara aún la ineficacia de todos mis alegatos. ¡De qué mala gana escribo! Yo no sé si eso que llaman inspiración es, como dice Alfredo de Musset, «un sér desconocido, un duendecillo que nos habla muy bajo» ó si es resultado de un enérgico llamamiento hecho por la voluntad á todas las facultades intelectuales... pero voy inclinándo-

me á que sea lo primero, y á que el pícaro duende anda ocupado por ahí, sabe Dios en qué, si en dictarle á Castelar un discurso ó en sugerirle una *humorada* á Campoamor... Porque á mí me deja en el atolladero, y estoy que no sé por dónde salga...

Las mujeres y sus defensores ó abogados, aunque los supongamos muy romos, ¿van á tragar eso de que no las quiero académicas porque las reservo un grandioso papel científico?

¿Qué dirán de eso del combate entre Tancredo y Clorinda, aplicado á las elecciones de académicas y á las luchas entre candidato y candidata, ni del *superabit* de académicas y académicos, superabit alternativo *cual los mazos del batán?* No, no, que nada de esto cuela ni lleva trazas... y creo que será mejor prescindir de palabrerías y requilorios, y *pedir por Dios que se desista del empeño de elegir académicas de número.*

Creo que esta petición, ó mejor dicho, esta conmovedora deprecación, no va á ser escuchada tampoco... Insistiré en otra idea que... ¡vamos, lo conciliaría todo y daría por resultado que esta contienda se sosegase! Si á las tres s ras que andan en danza aquí se las hiciese a émicas honorarias, acaso, satisfecha su

vanidad, no volviesen á revolver el cotarro... y yo no tendría que escribir más folletos como el presente... Recuerdo cierta parábola indiana, que contada como yo sé, va á adornar, á falta de cosa de más sustancia, las páginas de mi escrito.

(Eleuterio llena dos ó tres cuartillas.)

Lo del honorariato es una idea buena, racional, salvadora. Démosles lo que basta á la vanidad—el nombre y la apariencia de la distinción. Si alguien me objeta que, por ejemplo, los méritos de Doña Concepción Arenal no son *nombre vano*, sino escritos y trabajos muy reales, muy tangibles, muy conocidos, muy sólidos, le contestaré... que lea la historieta indiana.

Y, por si acaso—no vayan á tomarme por hombre refractario á la cultura, intransigente y chapado á la antigua—cuidaré de advertir que no soy enemigo de la instrucción de la mujer. Realmente, mirando á mi corazón, veo que no lo soy. A mí me gusta y me sabe bien todo lo que es delicado y selecto. Soy refinado, y comprendo el *harén intelectual*, que es el salón. No hay que decir cuanto me agrada encontrar, no precisamente Filamintas y B-sas, sino señoras discretas, que hayan le

Pepita Jiménez y *Doña Luz*, y que sepan decirme, sin los ridículos encarecimientos de las heroinas de Molière, sino con tacto y gusto, lo que les enamora en mis libros. A la verdad: me apabulla un tantico mi legítimo amor propio de autor renombrado eso de que, en las tertulias á que asisto, haya dama que me confunda, á lo mejor, con Valero de Tornos. Yo soy sensible á la aprobación de las señoras entendidas, y me encuentro divinamente cuando me rodean algunas de las pocas que en mi concepto merecen este nombre, y que demuestran con una frase oportuna ó una palabrita graciosa que han leído mis últimos artículos en LA ESPAÑA MODERNA y siguen con interés mis disquisiciones sobre la metafísica y la poesía. No diré que no sea grato otro género de coloquio con las damas; pero el corte ateniense de mi espíritu me hace saborear éste entre todos, porque como dice Sócrates en un precioso diálogo de Platón, siempre deben andar mezclados en la vida la miel del placer y el agua austera de la inteligencia. Sólo que esta cultura é instrucción de las damas la quiero yo como una especie de pólvora sin humo; quiero [illegible] sea un *honorariato* social. Personalmente, [illegible] nada pretendan ellas: que sólo aspiren por [illegible]nta del marido, del amigo, del... En fin,

del varón. Cadiya y el zancarrón de Mahoma, Madama de Bonnemain y el general Boulanger son para mí el ideal *andrógino*.

Me han contado que en una novela de cierto académico electo—á quien la Academia rechazó primero á empellones y luego admitió por *el qué dirán*—hay cierta burguesa vanidosa, llamada la de Bringas; y que esta señora, lo mismo que otras muchas de la clase media, tiene puesto todo su conato en parecerse lo más posible á las señoras de la aristocracia. Para conseguir su objeto, ha tomado por modelo á cierta marquesa de Tellería, muy entrampada y atacada de incorregible prurito de lucir, divertirse y derrochar. Cintajo que se ponga la Tellería, se lo planta también la de Bringas, si puede. Y aunque no pueda; porque no alcanzando para sus caprichos el modesto sueldo del esposo, la de Bringas sigue el camino de la Tellería, y debiendo aquí y embrollando allá, se proporciona la satisfacción de creerse copia fiel de la señora marquesa. Por aquí le vienen á la de Bringas cincuenta mil desventuras; pero ninguna le hace mella, ni abate su resolución, é impávida prosigue por el camino del desbarajuste, hasta el día funesto en que llega á sus oídos que la marquesa, á quien imita, sigue y parodia, dice de ella,

de la de Bringas, que es... ¡triple horror! una *cursi*.

Como la inteligencia tiene su mesocracia, y esta mesocracia, por carecer de lastre intelectual suficiente, se ve obligada á vivir de imitación y de reflejo, sin ánimos para sostener la propia convicción, ni para atender á la *voz de adentro*..., se me figura que debo aplicar el episodio del libro de Galdós á esta polémica, diciendo que el antojo de crear académicas es una *cursería*. ¡Más fío en una palabra así, que en veinte razones... que al fin y al cabo, no había de encontrar!

En lo que creo que me he corrido es en esto de añadir que el susodicho antojo puede ser también un plan habilísimo para hundir á las Academias. No, esto no era prudente escribirlo... Cualquiera podrá deducir que las Academias están fundadas en arena, cuando por tan poca cosa van á hundirse... Recojamos velas, recojamos velas, hasta en lo de las académicas honorarias... Parecerá versión *oficial*, y no quiero más compromisos... A recoger, á recoger... Soltar prenda no es conveniente, y yo no quiero verme metido en una trapatiesta que me quitaría toda la tranquilidad que necesito para leer el *Ginaecepaenos*...

Y que ahora se me está ocurriendo una ob-

jeción que puedo aprovechar... Me la sugiere este artículo de Luis Taboada, que es muy chistoso; sólo con quitarle el chiste, ya tengo la objeción... Si admitimos en las Academias á las señoras que lo merezcan... ¿cómo nos las arreglamos para no admitir á las que no lo merezcan?...

¿Y por qué me acuerdo yo de Sancho Panza, vamos á ver? ¿A qué viene este recuerdo importuno?... ¡Tate, ya sé cuál episodio del Quijote me acude á las mientes!... ¡Es del gobierno de Sancho en la Insula Barataria! ¡Es aquel de la dueña esforzada y no forzada, á quien dijo el buen escudero: «hermana mía, si el mismo aliento y valor que habéis mostrado para defender esta bolsa, le mostrárades para defender vuestro cuerpo, las fuerzas de Hércules no os hicieran fuerza; andad con Dios y muy enhoramala, y no paréis en toda esta ínsula, ni en seis leguas á la redonda, sopena de doscientos azotes: andad luego digo, churrillera, desvergonzada y embaidora!»

¡Oh Sancho! encarnación del buen sentido, con vergüenza reconozco que tienes razón. Si al ingreso de las académicas sin merecimientos oponemos sólo la cuarta parte de la resistencia que hacemos al de las merecedoras,

bres nos veremos de intrusas chirles, por siempre jamás, amén.

¿Aún no estás satisfecho con esta confesión, malicioso villano? ¿Aún quieres que entone otro género de palinodia? ¿Aún te obstinas en que declare que esa misma «resistencia al mal» nos convendría muchísimo para las elecciones, no ya de académicas, sino de académicos, para evitar la admisión de ciertos candidatos que nos atraen seguro y justo vituperio de la opinión, denuestos de la prensa y censura tácita ó explícita de todas las personas sensatas?

Mas ¿qué es esto? Ahora sí que me confundo, me aturdo y me trastorno; ahora sí que no sé qué haga ni qué diga. Detrás de tu mofletuda, rolliza y tosca fisonomía, Sancho bueno, veo el rostro avellanado, enjuto y melancólico de tu creador, que me mira y se sonríe con compasión injuriosa. Quisiera que me explicases tu actitud, Cervantes. ¿En qué he podido ofenderte, yo que soy cabalmente *de los tuyos*, de los que han amado y servido á la misma Dulcinea que tú serviste y amaste, á la lengua castellana? ¡Ah! Ya sé por qué te pones así ceñudo y fosco... ¡Entiendo!... Es porque se me ha ocurrido decir que «*es llanísimo escribir novelas y coplas malas ó buenas, y aventuradísimo decidir y fallar acerca de su*

bondad ó de su maldad...» No hagas caso, Cervantes... ¿Pero cómo no entiendes el intríngulis? Vamos, Cervantes, que das en inocente... ¡En inocente tú! No conoces los palillos... Tendré que enterarte... Si ya estoy, si ya estoy... ¡No que iba yo á vivir persuadido de que tanto monta *Pepita Giménez* como *El secreto de una tumba* ó *Las mujeres de lance!*... Pues claro que no tiene nada de llanísimo escribir *Pepita Jiménez*... Ni siquiera *Doña Luz* ó *Las ilusiones del doctor Faustino*... En mi vida, que ya no es corta, sólo cinco novelas he podido terminar; y te confesaré que lo conceptúo el género más difícil de todos; como que hace diez ó doce años que me piden los editores otra novela, y yo no acabo de determinarme á emprenderla, receloso de no mantenerme á la primitiva altura... Mira tú si creeré yo que es *llanísimo*... ni que es *aventuradísimo*... ¡Aventuradísimo! Como digiste tú, bien ciego es quien no ve por tela de cedazo... Yo te ruego que veas, que te penétres de los móviles que me obligaron á estampar en crudo tales heregías... porque confieso que heregías son... y gordas... Mas no me mires así, entre ceñudo é irónico, ni te desvanezcas en el aire como las brujas de Macbeth...

¡Se va enojado! ¡Paciencia!... No le puedo

complacer por hoy al aventurero de la mano manca; hoy no es día de engrandecer las letras, sino de atajar *revoluciones;* de esta hecha me indispongo con medio Olimpo y medio Parnaso, pero contento á... (Escribe.)

«No penetremos en el sagrado de las intenciones. Los que piden que haya académicas de número nos parecen movidos, más que por galantería y por admiración hacia determinadas señoras, por el deseo de vejar á los académicos y de ridiculizar, desorganizar y echar á broma sus juntas, comisiones y trabajos.»

Este argumento es contundente. Producirá efecto en comarcas distantes de Madrid, donde no se han podido seguir los altibajos de esta campaña en pro de la academicidad femenina, y pensarán que se trata de una conjura de cuatro periodistas maleantes y guasones, juramentados para hacer una vez más chacota de las Academias. En Madrid no colará, porque son harto conocidos y respetados en el terreno científico y en el personal los nombres de los sabios profesores y jurisconsultos que han emitido dictamen á favor de las académicas de número, y se conocen las opiniones de m[illegible]chos sujetos no menos respetables, que [illegible] haberlas manifestado en la prensa, las [illegible]n en alta voz siempre que viene á cuen-

to. De estos señores tampoco se puede suponer que lleven el propósito de vejar, ridiculizar ni desorganizar cosa alguna, sino sencillamente el de echar por tierra añejos absurdos, rendir tributo á la verdad, respetar los fueros de la equidad, y para decirlo como el Digesto, ejercitar la *constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuendi.* No, lo que es en Madrid no cuela, porque todos saben que dentro de las Academias mismas hay quien está por recibir á las señoras con méritos suficientes para ello; nadie ignora que Castelar, verbi gracia, es partidario de las candidaturas femeninas, y á nadie se le ocurre que académicos de los más insignes tengan el propósito de ridiculizar, vejar y dar al traste con la Corporación. Esto lo escribo, pues, para que lo traguen en América, no los Oyuelas, ni los Merchanes, ni los Meras, ni los Palmas, ni los Peraltas, sino los inconscientes que en todas partes abundan, y que siempre forman atmósfera. ¿Qué he de hacer? A falta de pan...

Otro argumento. (Escribe.) «Francamente, no veo que ya estén bastante maduros los frutos de la civilización para que haya Corporaciones científicas oficiales y bisexuales. ¿ ›r qué ha de empezar esta innovación por as Academias? ¿Por qué no empieza por los A· a-

tamientos, Diputaciones provinciales, Sociedades económicas de Amigos del País, Consejos y Cuerpos Colegisladores?»

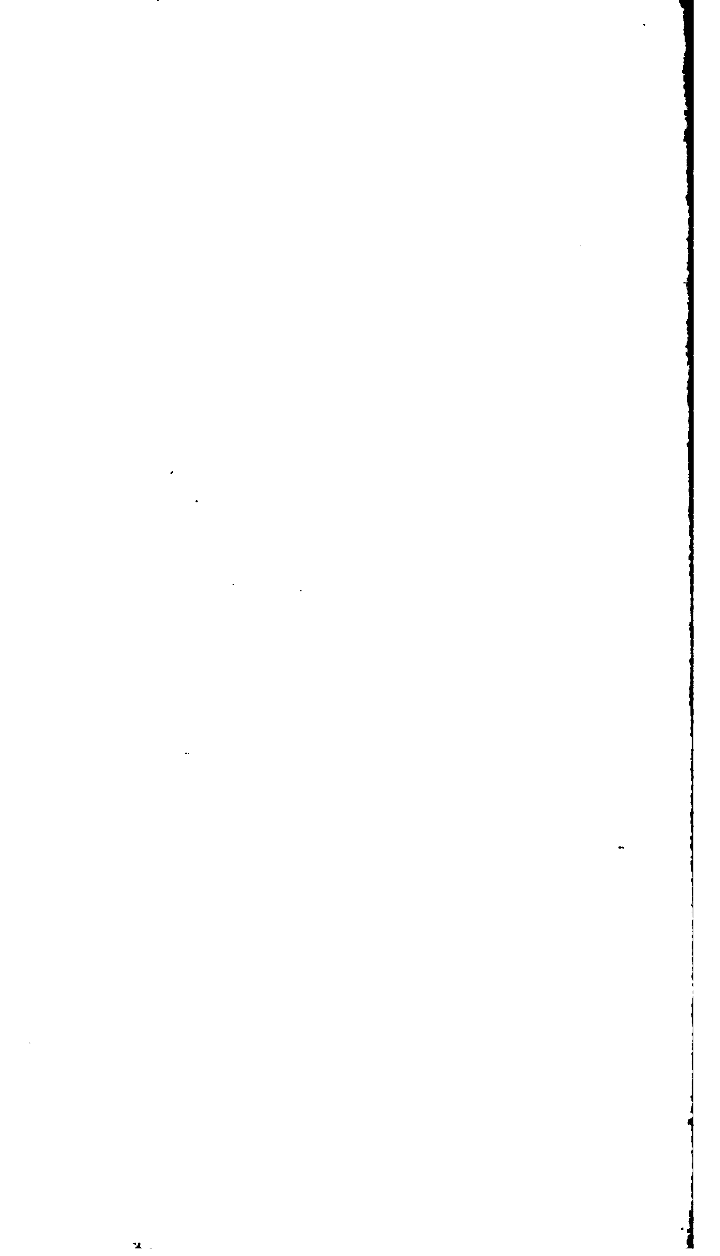
Esto sí que es especioso. Esto nadie me lo rebate. Sólo yo mismo, por mi buena educación social y literaria, podría acertar con el verdadero motivo y decorosa razón de que las Academias sean uno de los primeros Centros en que la mujer encuentre la sanción externa de sus merecimientos. La cosa, para mí, es muy obvia. Quien ve unas Corporaciones compuestas de hombres provectos en su mayor parte, sabios..... con ligeras excepciones, pertenecientes muchos á las clases sociales más elevadas y aristocráticas, revestidos todos de algún género de respetabilidad, acostumbrados á la mutua consideración y á la discusión moderada y cortés; quien ve á estas Corporaciones haciendo profesión de dedicarse á las tareas más honestas y pacíficas, más agenas á la ruidosa disputa, más resguardadas contra la marea y el embate de las encarnizadas luchas que agitan, verbi gracia, á los Parlamentos, creerá que en estos asilos de la noble y apacible Minerva es donde mejor puede encontrar una señora, no sólo el respeto que impone su sexo, como lo imponen la ancianidad ó el hábito eclesiástico, sino aquella confraternidad

de inteligencia á inteligencia, que elevando los pensamientos y mesurando las palabras y las acciones, se compagina tan bien con la gravedad y el entono, y es tan propia de caballeros y de honrados. ¡Singular favor nos dispensa y estimación grandísima nos demuestra todo el que ha creído que las Academias pueden ser el primer cuerpo científico bisexual!

Yo lo comprendo, pero no me resolveré nunca á decirlo... No, no; *alea jacta est;* tengo la desgracia de entender estas cosas y nó poder declararlas, y en cambio me veo en la precisión de recomendar otra vez que se creen unas Academias femeniles, «para que las mujeres inventen nueva ciencia» lo mismo que si las Academias fuesen cuerpos dedicados á *inventar* y si nosotros nos pasásemos la vida *inventando.* Voy á pronosticarles también á las mujeres cosas muy lindas; «una maravillosa conflagración de amor, en que los espíritus de hombres y de mujeres se compenetren hasta lo más íntimo, hasta el centro y la raíz de ellos, conflagración de la cual vendrá á nacer la humanidad completa y la ciencia una y toda.» Mas para que llegue á ser una verdad esta romanza del último acto del *Mefistófeles* de Boito, que tan divinamente entonaba [illegible]-yarre, se necesita... ¿qué dirán ustedes [illegible]e

se necesita? ¡Que no haya una sola académica de número! Con una no más, roto el conjuro: ya la echamos á perder: cátenos V. sin conflagración, ni compenetración, ni ciencia una y toda, ni veros azules ni colorados. No sólo perderíamos la esperanza de esa edad de oro, de esa misteriosa fusión y reunión del intelecto agente y paciente, sino que nos veríamos abocados á un tremendo conflicto político-constitucional... ¡y la Academia á perder uno de sus privilegios!... ¡Uno de sus privilegios! ¡No puede imaginarse sin espanto!

He terminado el folleto. ¡Gracias á Dios! Es tarde, y me siento rendido. Tengo sin embargo que buscar el *mot de la fin*, y creo que para esto podrá servirme muy bien el cuento del desengaño de un cegato en el Coliseo de Roma. Tiene cierto sabor lírico y poético, é intencioncilla sutil, que sin argüir nada, sugiere bastante. Estoy contento del final, vamos... En esta anecdota del *fraile forastero* se encierra toda la moraleja de mi opúsculo. La oposición á los derechos de la mujer viene á resolverse... en un cuento de miopes.



APÉNDICE

Publicamos á continuación un extracto de las opiniones más recientes emitidas por escritores, hombres políticos y jurisconsultos, contestando al interrogatorio de *El Heraldo de Madrid* respecto á la «Cuestión académica».

Sr. Director de *El Heraldo*.

Mi buen amigo: En uno de los últimos números de su ilustrado periódico se trata de la debatida cuestión de si las mujeres tienen ó no derecho para ingresar en las Academias y Corporaciones docentes, y con tal motivo se cita con justo elogio el nombre de la señora doña Concepción Arenal, se afirma que por sus especiales merecimientos es muy digna de semejante distinción, y se invita á que expongan su parecer cuantos estén conformes con tal juicio.

Y como yo lo estoy completamente, creo deber manifestárselo, y de camino las razones en que me fundo.

1.ª Que el talento, el deseo de saber y la instrucción, no --- privilegio exclusivo de éste ó el otro sexo.

! Que en la historia de todas las naciones, incluso la tra, constan repetidos ejemplos de la admisión de

mujeres ilustres en Academias, Liceos y Cátedras universitarias. Pudiera citar para comprobarlo muchos nombres, así españoles como extranjeros, conocidos muy ventajosamente en los anales de la literatura y de las ciencias.

3.ª Que hoy el Estado admite matrícula de señoritas para toda clase de estudios, y así las hay en Escuelas Normales, Escuelas de Telégrafos, Institutos, Universidades y Colegios de Medicina. Si las autoriza el Gobierno para estudiar y seguir carreras distintas, implícita va la autorización para ejercerlas, pues nada sería tan odioso y absurdo como exigir trabajos, gastos y méritos para negarles después su natural recompensa. Y una de ellas son los puestos honoríficos.

4.ª Que las alumnas aventajan *casi siempre* á los alumnos en aplicación, y *muchas veces* en capacidad. Largos años de maestro y millares de discípulos me dan para asegurarlo el derecho de la experiencia.

5.ª Que no trato ni siquiera conozco de vista á la señora doña Concepción Arenal, pero sí he leído algunas de sus obras, y son tales como para competir y á veces aventajar á las del hombre de más instrucción y sexo. Por cuyo motivo considero á su autora muy digna de ocupar número en todas las Academias imaginables.

Y no debiendo insistir en este asunto, por ser tan claro, me repito de V. afectísimo amigo,

NARCISO CAMPILLO.

10 Junio 1891.

10 Junio 1891.

....

Emilia Pardo Bazán, que en la crítica literaria ha empuñado el cetro de nuestro mundo de las letras y conquistado la suprema jerarquía, ha planteado el problema de que las Academias, último Senado y cumbre de la más alta inteligencia ilustrada, se abran para la mujer, como se ha abierto la Universidad y se abre el círculo de las profesiones científicas. Ella ha propuesto para la de Ciencias Morales y Políticas á Concepción Arenal, que por sí sola representa una institución de las más simpáticas en nuestro siglo: la institución de la beneficencia pública y privada, cooperando activamente á la resolución de las cuestiones sociales, que son el más grave conflicto de nuestro tiempo. Mi voto está con el de Emilia Pardo Bazán. Procedamos con la dirección del tiempo, y obremos con propia inspiración, antes que el ejemplo nos venga de Francia. El alma humana, inteligente y sensible, es una, y no reconoce en el círculo de su capacidad las diferencias del sexo. Las Academias deben hacer á la mujer de superioridad intelectual reconocida, partícipe de sus palmas inmortales.

Yo, desde hoy, me atrevo á pedir un sitial en la Española para la Emilia Pardo Bazán, la inspirada autora de *San Francisco de Asís;* uno en la de Ciencias Morales y Políticas para Concepción Arenal, cuyos estudios sociológicos la colocan á la altura de los primeros escritores sociólogos de los dos Mundos. Y no hablo de la de la Historia por no ofender la modestia de la ilustre duquesa de Alba.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

12 Junio 1891.

....

Me asocio de todo corazón, á la idea que responde á una deuda de justicia contraída con la mujer extraordinaria que nos envidian los grandes pensadores del extranjero; y yo puedo afirmarlo, porque sabe V. he tenido el honor de representar varias veces á mi país en Congresos penitenciarios, y en ellos he podido comprobar lo muchísimo que se aprecia el valer de nuestra compatriota, hasta el punto de constituir sus opiniones verdaderos dogmas penitenciarios. Lo que digo es tan exacto, como que cuanto se sabe hoy en España sobre sistemas penitenciaries, se debe principalmente á doña Concepción Arenal, de la cual nos consideramos discípulos todos los que, en esfera mucho más modesta, estamos dedicados al cultivo de esa importante ciencia.

Mucho pudiera decir en apoyo de la idea vertida por *El Heraldo de Madrid;* pero como sólo me pide V. mi adhesión, se la envío cordialísima, afirmando con V. que si las leyes se opusieran al ingreso de doña Concepción en la Academia, que no se oponen, se debiera hacer derogación expresa del texto que estorbara lo que entiendo es una reparación debida á la mujer de mayor mérito que existe en España, y quizá en Europa entera.

Cualquier Academia, por mucha que fuese su importancia, se honraría con tener en su seno una persona del valer de doña Concepción, aquilatado por trabajos que nadie ha igualado, según se reconoció por unanimidad en los Congresos penitenciarios internacionales de Stockolmo y de Roma.

Francisco Lastres.

14 Junio 1891.

....

En cuanto á la pregunta de su carta, me anticipo á votar con la mayoría, lo que quiere decir que voto afirmativamente. Es más, creo que doña Concepción ya está dentro de la Academia por voto unánime de los académicos, aunque los académicos digan lo contrario. ¿Qué es la dignidad académica más que un premio al mérito en ese concurso general de competencias científicas, literarias y artísticas? Pues bien: la Academia ha proclamado más de una vez el mérito sobresaliente de doña Concepción Arenal en esa forma de concurso en que es indispensable proclamar el mérito de la obra antes de conocer al autor. En tales casos, si la obra es mediana ó indiferente no hace falta romper el sobre en que constan los datos personales.

Puede decirse que desde 1875 es la señora Arenal académico por oposición. En aquel concurso ella ganó el premio y D. Pedro Armengol y D. Francisco Lastres los *accésits*. Como los Sres. Armengol y Lastres reunen méritos suficientes para alcanzar la dignidad académica, supongamos que haya dentro de la Corporación que tiene su domicilio en la histórica torre de los Lujanes mantenedores de las tres candidaturas, y que la Academia, fundándose en ordenanzas, pragmáticas, conveniencias, escrúpulos, tiquis-miquis ó lo que quiera que fuere, acuerda eliminar á la misma doña Concepción, antes colocada en primer término.

¿Qué lógica informaría este contradictorio proceder? La lógica cortesana; la del maestro de ceremonias; la que da lugar á que de algunas procesiones se retiren las autodes civiles ó militares: la etiqueta.

....

Opino, pues, que en una esfera más amplia, más general, debe plantearse la cuestión de derecho que se ventila; pero ya que es forzoso maniobrar en el palenque que indica el título de esta información, diré, dentro de mi manera de ver las cosas, que me parece absurdo el criterio que obliga, después de reconocer el mérito de una obra, á reconocer el sexo del autor.

En mi concepto, el sexo está en la obra misma. Hay, literariamente, obras masculinas y femeninas, sin que esto implique que hayan de ser necesariamente las unas obras de varón y las otras de hembra. Por el contrario, de igual manera que se dijo de una ilustre escritora «es mucho *hombre* esta mujer,» se puede decir de algún escritor «es mucha *mujer* este hombre.»

....

He aquí la cuestión antropológicamente considerada: el cerebro.

El cerebro contradice en muchas ocasiones lo que el sexo indica. Aunque se desconocen anatómicamente los secretos de la organización cerebral, se conoce psicológicamente lo que en nuestro temperamento emocional, en nuestra inteligencia y en nuestro carácter se puede calificar de masculino y femenino. En tales casos se puede decir de un hombre que tiene cerebro de mujer, y de una mujer que tiene cerebro de hombre.

....

«El genio no tiene sexo.»

RAFAEL SALILLAS.

16 Junio 1891.

....

Después de las razones que ha expuesto mi amigo Narciso Campillo, en la carta que ha visto la luz pública en *El Heraldo de Madrid*, no me parece necesario insistir en la demostración de la injusticia que se comete al negar el ingreso en las Academias á las damas que por sus merecimientos científicos ó artísticos sean dignas de tan honorífica distinción.

En este caso creo que se hallan las tres señoras citadas por D. Juan Pérez de Guzmán. Los méritos literarios de la Sra. Pardo Bazán son tan conocidos y admirados que no es preciso recordarlos aquí.

....

Valiéndome de la acepción vulgar de las palabras, ¿no le parece á V., amigo Abascal, que hay algunos llamados poetas que sólo son *poetisos?* ¿No recuerda V. alguna insigne poetisa que era un verdadero poeta? Como dice Salillas, el sexo está en la obra literaria más que en el autor de esta obra.

LUIS VIDART.

18 Junio 1891.

....

—¿Pero cree V. que las mujeres tienen derecho á ingresar en las Academias?

—Para mí no es esto cuestión, ni concibo que lo sea para nadie. Comprendo que se discuta si deben abrirse ó cerrarse á la mujer los Centros de enseñanza, porque á las Universidades é Institutos se va á aprender, y hay quien opina que la mujer no tiene la capacidad suficiente para adquirir ciertos conocimientos, y quien piensa que no es conveniente que los adquiera, por creer que su mayor desarrollo intelectual es en perjuicio de los delicados sentimientos peculiares de su sexo.

Pero cerrar las Academias á la mujer, repito que no concibo que nadie se atreva á sostenerlo. A las Academias no se va á aprender, se va con los conocimientos adquiridos, se va á enseñar.

Llegan á aquellos sitios los que han conseguido una mayor cultura entre sus semejantes en determinada ciencia. Y cuando un sabio se presenta á la puerta de la Academia, es indiscutible que debe abrírsele, sea hombre ó sea mujer, aun para los que se oponen á que ésta adquiera ciertos conocimientos, porque los lleva ya adquiridos, y ante el hecho consumado no cabe discusión.

Eugenio Montero Ríos.

22 Junio 1891.

....

—No sólo creo justo el ingreso de doña Concepción Arenal en la Academia, sino que entiendo que son pocas las personas que pueden sentarse en los sillones de la misma con más ni con tantos méritos como dicha señora.

Yo que estoy elegido y que aún no he presentado mi discurso, no me creo tan merecedor de esta honra como la Sra. Arenal.

—¿Cree V. que pueda haber en los Estatutos de la Corporación alguna base que se oponga al ingreso de las señoras en la Academia?

—Tengo ahí—nos dijo señalando á un armario repleto de libros—la Constitución de la Academia, y no sé decirle si habrá ó no algo que se oponga á ello; pero en este caso particular, como se trata de una cosa tan merecida, creo que, con tal de hacer justicia, debe pasarse por todo.

Y yo participo tanto más de esta creencia, por cuanto que estimo, en lo que al derecho en general de la mujer se refiere, que no debe relegarse y circunscribirse su acción á la limitada esfera de los deberes domésticos. Por mi parte no vacilaría en conceder á la mujer el derecho de ejercer toda clase de profesiones, excepto aquellas que requieran fuerzas superiores á las que por su naturaleza puedan exigirse de su débil y delicada constitución.

ROMERO GIRÓN.

23 Junio 1891.

....

—Yo soy académico, y me gusta encontrar mujeres en todas partes á donde voy.

—¿Luego V.?...

—Yo llevaría allí á todas las que tienen talento.

—¿De modo que se puede contar con el voto de V. en pro de doña Concepción Arenal?

—¿Quién lo duda?

....

CAMPOAMOR.

25 Junio 1891.

....

Cuando supo en nombre de qué periódico íbamos y lo que queríamos, el ilustre expresidente del Senado díjonos sin vacilar: —A mí no hay que preguntarme sobre eso. Hace ya lo menos *diez años* que yo propuse á la Academia que doña Concepción Arenal fuese nombrada académica correspondiente en una época en que dicha señora vivía fuera de Madrid.

—Yo ignoraba esto — contestó nuestro compañero — y me felicito de conocer este detalle que considero de gran importancia para el objeto que me ha obligado á molestarle; pero ya que es V. tan amable, ¿me hará el favor de decirme si su proposición fué aceptada?

—En un principio se tomó en consideración, porque todos los académicos estábamos conformes en reconocer en la Sra. Arenal sobrados merecimientos para aquella distinción; pero al fin se desechó la idea, porque hubo alguien que, después de enumerar los méritos indiscutibles de la Sra. Arenal, hizo la observación de que la Academia de Ciencias Morales y Políticas era la más joven de las Academias españolas, y no se quiso que ésta abriese las puertas á una mujer mientras no le diesen el ejemplo las Academias más antiguas.

—Es que pudiera darse el caso — observamos nosotros respetuosamente — de que en los estudios históricos, por ejemplo, no hubiere sobresalido hasta nuestros días ninguna mujer que se hiciese acreedora á pertenecer á la Academia de la Historia.

—Sé á dónde va V. á parar, y voy á contestarle. No hablemos de estudios históricos; hablemos de un caso lite[illegible]o.

I[illegible] Gertrudis Gómez de Avellaneda fué una de las

más castizas, correctas é inspiradas escritoras y una poetisa de primer orden, que unía á su ilustración y cultura excepcionales un talento y un genio privilegiados; y sin embargo, no perteneció á la Academia de la Lengua, en donde ha habido y hay tantos que no han reunido la centésima parte de los méritos de aquella mujer ilustre.

—Pero también habremos de convenir en que una injusticia no autoriza otra injusticia, y en que si en su tiempo no supieron apreciarse los méritos de la Sra. Gómez de Avellaneda, no es justo que sea doña Concepción Arenal y las demás escritoras insignes del porvenir quienes paguen tamaño olvido.

—Ese, ese—respondió lleno de júbilo al oirnos hablar—ha sido siempre mi criterio, y ese será el que habrá de prevalecer al fin.

LAUREANO FIGUEROLA.

7 Julio 1891.

....

—¿Qué opina V. del ingreso de la Sra. Arenal en la Academia de Ciencias Morales y Políticas?

—Soy de los que creen que las Academias en nuestro país no sirven para nada, y no soy, por tanto, partidario de ellas.

Ahora bien; si las Academias han de subsistir y se han de llenar las vacantes que ocurran con personas de reconocidos méritos, la Sra. Arenal, ya que antes no ha sido elegida, debe serlo en la primera ocasión que se presente.

—¿Luego no es un obstáculo, á juicio de V., el sexo á que la Sra. Arenal pertenece para figurar en una Corporación compuesta únicamente de hombres?

—Yo voy aún más allá. Soy de los que reconocen en la mujer, con muy contadas limitaciones, la misma condición social y política que en el hombre.

De esta cuestión, que á mi juicio entraña gran importancia y que ha de constituir un grave problema en el siglo próximo, me ocupo en un libro que daré muy pronto á la estampa y que lleva ese mismo título: *Condición social y política de la mujer.*

El problema está ya planteado en Francia, Inglaterra, Italia, Suecia, Holanda, Suiza y especialmente en los Estados Unidos.

....

—¿Según esto, V. cree que la mujer puede desempeñar iguales cargos que el hombre?

—Yo creo—nos dijo el Sr. Labra—que los derechos de la mujer, en su esencia, son iguales á los del hombre, au[illegible] distintos en la forma.

... .

- [illegible] modo que, en conclusión, ¿podemos sumar el

voto de V. á los ya emitidos en *El Heraldo* en favor de doña Concepción Arenal?

—Sin ningún género de duda. Las mujeres que, sin dejar de ser mujeres de su casa, madres cuidadosas y amantes de sus hijos piensan y escriben como doña Concepción Arenal, doña Emilia Pardo Bazán y la duquesa de Alba, son dignas de toda clase de honores y distinciones.

Rafael María de Labra.